

# Jorge Alberto,

*mi hermano*

Juan Felipe Naranjo Mesa

(Colombia, 1950-v.)

Médico Veterinario. Magíster en Cultura, Sociedad y Economía China de la Universidad de León, (España). Profesor en las universidades Bolivariana (de Medellín, Montería y Bucaramanga) y Escuela de Ingeniería de Antioquia. Gerente de ventas en Zenú, gerente de mercadeo y gerente de exportaciones en Vajillas Corona.



### **Resumen**

**E**sta crónica hace el recuento de momentos compartidos entre Jorge Alberto Naranjo Mesa y Juan Felipe Naranjo Mesa, desde cuando eran niños y adolescentes hasta ser hombres maduros y abuelos. Se hace un retrato de Jorge Alberto Naranjo Mesa por quien lo conoció como solo lo puede hacer un hermano, y constituye un documento importante para saber sobre su vida y su personalidad.

### **Palabras clave**

Alegría, familia Naranjo Mesa de Medellín, Jorge Alberto Naranjo Mesa, gratitud, hermanos, juegos.

Tuve la inmensa fortuna de ser hermano de Jorge Alberto, de quien me separaron once meses, nada más. Tuvimos una infancia feliz, llena de inquietudes de todo tipo, fantasías de todo tipo y personas de todo tipo a nuestro alrededor. Y esos once meses fueron distancia suficiente para que siempre me echara la delantera. En todo. Desde muy niño recuerdo que me imponía una serie de desafíos para poder igualarlo: cantando, corriendo, jugando con una pelota, sabiendo los nombres de los pájaros, de los árboles, de las flores, montando a caballo, saltando piedras por las quebradas, nadando en arroyos, ríos, piscinas o lagos; recorrer senderos por la montaña era una de sus pasiones y, por supuesto, era uno de mis desafíos: si no lo alcanzaba, me perdía.

Jorge nació con un aura especial: la del genio. Sus inquietudes intelectuales eran insaciables. No había tarde en que no me enseñara algo nuevo, que su inquietud le había permitido conocer. Recuerdo que en la finca de los Naranjo Villegas, San Marcial, por las laderas de Llanogrande, al frente de San Antonio de Pereira,<sup>1</sup> un tío tenía un radiecito Telefunken, que era como una caja mágica para nosotros. Su banda corta nos trajo unos programas imperdibles de emisoras europeas, en especial Radio Netherland, de Hilversum, en la que presentaban todas las noches conciertos de música moderna con unos conjuntos nuevos maravillosos, como los Beatles, y cantantes nuevos con unas propuestas bellísimas, como Bob Dylan, Cat Stevens, Joan Baez, Donovan. Y Jorge seguía con atención las canciones y sacaba las letras en inglés con una facilidad pasmosa, para que luego las cantáramos en las caminadas por el monte. Los programas de música clásica de la BBC eran otra fuente inagotable de conocimiento, recorriendo la música desde la Edad Media y el Renacimiento, hasta llegar a ese Barroco que tanto lo encantó, con Bach encendiéndole el alma. Jorge me guio desde siempre en el gusto por la música. Me enseñó a Bach y a Mozart, que eran su pasión.

<sup>1</sup> El nombre hace referencia a un lugar en Itagüí; no confundir con la zona del Oriente antioqueño.

En la casa de nuestros padres las tardes eran una delicia. Leíamos con ellos a Daniel-Rops, Romano Guardini, Edmundo De Amicis, poemas de Barba Jacob. Y la mente viajaba embebida con las historias que nos leían. Y nuevamente el espíritu inquieto de Jorge trajo a mi vida a Walter Scott, Thomas Malory, Alejandro Dumas, Julio Verne, Harriet Beecher, Mark Twain, don Tomás Carrasquilla, León de Greiff, entre otros, lo que llenó nuestras tardes y noches de unas historias pobladas de fantasía, realidad e inquietudes de todo tipo, que nos llevaron a meternos de lleno en la geografía, la historia y la literatura. *La cabaña del tío Tom*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, *El príncipe valiente*, *Ivanhoe*, *El viaje a la luna*, *El rey Arturo* y *Los caballeros de la Mesa Redonda*, *Los tres mosqueteros*, fueron la dicha de nuestra infancia e inspiraron los juegos que después haríamos con los primos y los amigos. Y pudimos disfrutar a plenitud la generosidad de nuestros padres en todo sentido. Y muy especialmente en el campo intelectual en que no se nos puso límite a nada ni por nada. Nunca se nos recriminó por leer a tal o cual autor, fuera cual fuere su orientación, su credo, su fe, su cultura, su mensaje. Siempre nos enseñaron a respetar las diferencias, por grandes que ellas fueran. Cada uno pudo dedicarse a estudiar lo que más lo movía. Jorge se fue hondo con los filósofos modernos y los estudios sobre el Renacimiento. Y nuestros padres animaban la búsqueda sugiriendo, compartiendo, dialogando sobre lo que se iba comprendiendo, especialmente por parte de Jorge.

Entramos a clases de inglés en el centro de la ciudad, a donde íbamos tres veces por semana; la ida se fue volviendo otro momento mágico. Nuestros padres nos habían abierto cuenta en las librerías de Alberto Aguirre (Librería Aguirre) y de Rafael Vega B (Librería Continental). Y turnábamos la visita semanal a cada una de ellas: en la Aguirre, libros de autores que Jorge ya empezaba a buscar: Kafka, Artaud, Deleuze, tratados sobre Leonardo y Durero; y en la Continental, la mú-

sica, de la que esta era como una especie de santuario. Semanalmente íbamos a pagar la cuota del club y nos deleitábamos mirando las obras recién llegadas, aprendiendo sobre compositores, directores de orquesta, solistas y orquestas de todo el mundo. Y separábamos los discos que seguirían una vez canceláramos el club. Y si de ida para el colegio yo me antojaba de comprar un mango biche, Jorge me recriminaba, pues lo que ahorrábamos de la plata semanal era para pagar los libros y los discos que fervientemente deseábamos. Y también nos metimos a los anticuarios del centro a buscar tesoros literarios que él deseaba.

Recuerdo que yo empecé a buscar música folclórica latinoamericana y le compartí las *Coplas del payador perseguido* y otros poemas de Santos Vega y don Atahualpa Yupanqui. Los escuchó con emoción y hasta con reverencia, y se convirtieron en compañeros de todas las reuniones familiares, a partir de ahí.

A nuestro padre le llegaba correspondencia de todas partes del mundo y las cartas traían unas estampillas muy bellas, curiosas y llenas de historias. Pues Jorge empezó a recortarlas y a guardarlas, y una tarde me propuso que empezáramos una colección de estampillas; y arrancamos. Eso para mí fue como si me hubieran abierto una ventana al mundo. *Adláteres* teníamos atlas de geografía universal (una de las tantas pasiones de nuestro padre) y libros de historia (otra pasión del papá). Y cada país que llegaba en forma de estampilla era desplegado a profundidad en su geografía e historia. Conocimos unas tierras remotas hermosas: Uganda, Kenia, Tanganica, Mauritania, Ceylán, Mongolia, El Congo, La Costa de Marfil, El Tíbet, Manchuria, Laos, Madagascar. Y nos deleitábamos con las bellezas de estampillas que llegaban de todas partes, estudiando cada una, entendiendo el significado de lo que había en ella, fuera un lugar, un rostro, un animal, un edificio, un cuadro; en fin, un mundo infinito y maravilloso. Y una vez por semana visitábamos a los filatelistas, particularmente uno del centro, alemán (creo que se llamaba Dietter) y muy amable, que nos enseñaba a llevar las colecciones; nos trajo, por encargo, catálogos del Yvert

et Tellier, nos enseñaba a distinguir las estampillas en buen estado, nos traía sellos de primera emisión que eran una hermosura, nos enseñaba los errores que podían presentarse y el valor que representaba una estampilla con errores de tipografía. Nos mostró estampillas con lupa y eso fue como entrar a un mundo todavía más impresionante. Y en el barrio San Joaquín, al Mayor Jaramillo, anticuario y coleccionista de estampillas, en especial de Colombia, que poseía verdaderos tesoros. Cada visita era un nuevo mundo abierto para nuestro conocimiento.

Otro mundo que se abrió para nosotros fue el del deporte. Jorge era un excelente futbolista y sus desbordes por la punta derecha eran famosos. Pateaba de manera fácil y en *chanfle*, con su derecha maravillosa. También jugaba muy bien basquetbol. Íbamos al Atanasio Girardot semanalmente, jugara quien jugara. Nos llevaban amigos de mi padre que nos enseñaron a disfrutar el fútbol como tal, no importaba si la buena jugada o el gol eran del equipo que no era de tus amores. Y por ese entonces, Nacional y Medellín poseían los mejores medio campos del país. Era un deleite ir a ver jugar a Urriolabeitia, el *Coco* Rossi, Luis Pentrelli, Ramaciotti, *Corbata*, César Cueto, el *Turrón* Álvarez, el *Canocho* Echeverri. Jugaban de verdad con el balón, se comían la cancha, derrochaban clase, gallardía y amor por la camiseta. Recuerdo que estábamos una tarde en el Olaya Herrera esperando la salida de un avión para Bogotá en el que se iban unos tíos que fuimos a despedir. El aeropuerto de allá estaba cerrado y en el Olaya se armó un despelote con la cantidad de vuelos que, para esa época eran muchos, se habían retrasado. Y de pronto nos dimos cuenta de que en otras mesas cerca de las nuestras había muchos jugadores con maletines del Real Madrid.

Averiguamos qué pasaba y era que iban para Bogotá, en donde jugarían contra Millonarios y el avión tuvo que aterrizar en Medellín. Iban a jugar uno de los partidos pactados para pagarle a don Alfonso Senior por haberle cedido a don Santiago Bernabéu a Alfredo Di Stéfano, que había llegado a Colombia con otras grandes figuras

del fútbol argentino. Y ahí, al ladito nuestro, Rogelio Domínguez, uno de los mejores arqueros de la historia del Real, nos regaló un escudo del equipo para portar en la solapa del saco. Dormí con él bajo mi almohada, no sé por cuánto tiempo, hasta que lo perdí, por desgracia. A los dos días fue el partido y fuimos a verlo a casa de una tía que sí tenía televisión. Y yo me apretaba el corazón cuando intervenía Domínguez o cuando tapaba como los dioses. Ahí empezó mi amor por el Real. El de Jorge también, pero fue eliminado cuando llegó Cruyff al Barcelona. A partir de ahí fuimos rivales en el fútbol internacional y aliados en el Nacional. Jorge y yo aprendimos a ver el fútbol en la televisión sin volumen. Viendo la jugada y no escuchando al narrador o al comentarista.

Entre otras muchas cosas que aprendimos (o que aprendí) durante la infancia y adolescencia fue el valor del estudio de las cosas en profundidad. Y Jorge sí que lo sabía hacer. Era hermoso el proceso que se surtía cuando uno le hacía una pregunta. Lo miraba a uno fijamente cuando le preguntaba, luego callaba por unos largos segundos mirando a un punto fijo, y volvía sus ojos azules y profundos hacia uno para empezar a responder de manera pausada, serena, vasta y amplia a la pregunta. Por eso era tan importante tener clara la pregunta que se le iba a hacer. Hablar con él de astrofísica era partir de la órbita en viaje planetario. Oírlo explicando el uso de la gravedad de los planetas como lanzaderas para los viajes interplanetarios de las sondas y los satélites, era hermoso. Los puntos de Lagrange eran para él como esquinas del barrio. Los agujeros negros, enigmáticos lugares del espacio, descomunales aspiradores de energía, lo fascinaban. Las leyes de la mecánica de fluidos de Newton eran un poema para su vida.

La literatura, además de lo arriba mencionado, fue otra de sus fuentes de aprendizaje. Recitaba a Antonio Machado antes de que lo cantaran. Los sonetos de San Juan de la Cruz, de Luis de Góngora, eran melodías leídas por él. Don Quijote de la Mancha estuvo siempre en nuestras vidas, y yo llevaba apartes para que el me los leyera y así poder entenderlos mejor. Dominaba el arte

de permitir cantar a las palabras, por lo que la lectura de textos hecha por él era como la interpretación de la partitura de la obra más melodiosa. Recuerdo con emoción una reunión de familia en Navidad, en la que Jorge nos pidió que escucháramos un villancico musicalizado por él a partir de un texto de Antonio Machado (*Anoche cuando dormía*): fue absolutamente hermoso escucharlo cantar con esa voz segura, tranquila y expresiva, con esa melodía tan dulce que musicalizó el texto.

Siempre amó estas tierras y las disfrutó desde los amaneceres y los ocasos. Los viajes terrestres que hacíamos todos los años, con nuestros padres, por toda la geografía nacional, eran maravillosos. Buscábamos unos sitios de encanto o interés que él había encontrado en los textos de las revistas de finales del XIX, que tanto lo atraían. Y ahí, en el lugar, contaba lo que había pasado. Casi siempre hechos dolorosos acaecidos durante alguna de las sangrientas peleas entre conciudadanos separados por odios mezquinos e insolubles. Y se quedaba pensativo y silencioso para luego decirme: “Juancho, que dolor las vidas tan valiosas y los espíritus tan bellos que se ha llevado la maldita guerra”.

Jorge, en su parte infinita, en su alma, se fue a recorrer esos espacios inconmensurables y enigmáticos que tanto lo atrajeron en sus estudios de física. Y debe ser un deleite verlo sonreír asombrado entendiendo todo lo que se le quedó pendiente. Y se fue dejando para mí un vacío enorme, de setenta años de compañía, llena de cariño, de amistad, de conocimientos y experiencias bellas, profundas e imborrables.

Y durante esos setenta años yo fui siempre presentado, por quienes saludaba, como: “Este es el hermano de Jorge Alberto”. De Jorge Alberto, mi hermano.

Conversando con José Fabio, nuestro hermano menor, este me contó que estando en la casa de Jorge él le leyó unos versos de Hölderlin, que escribe en *La muerte de Empédocles*. Y al terminar de leerlo Jorge le dijo: “Esto es lo que quisiera que fuera mi epitafio”.

## Mi corazón a la tierra

Y abiertamente consagré mi corazón a la tierra  
grave y doliente;  
y con frecuencia, en la noche sagrada,  
le prometí que la amaría fielmente hasta la  
muerte;  
sin temor, con su pesada carga de fatalidad,  
y que no despreciaría ninguno de sus enigmas.  
Así me ligué a ella con un lazo mortal...

Friedrich Hölderlin